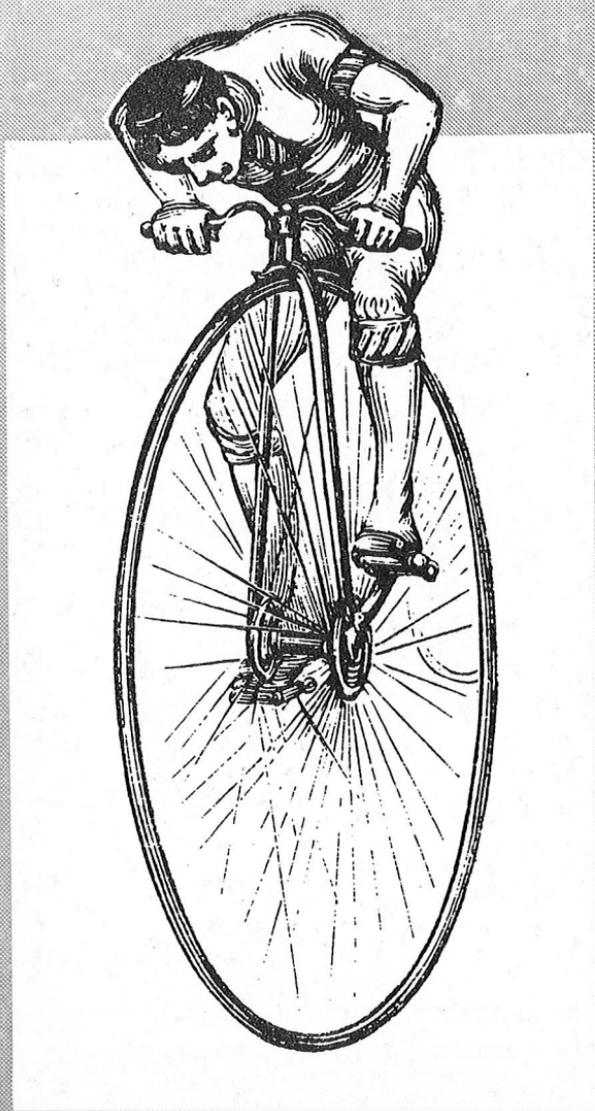


# Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre



Homenaje a  
LUIS GONZALEZ Y GONZALEZ

## INDICE

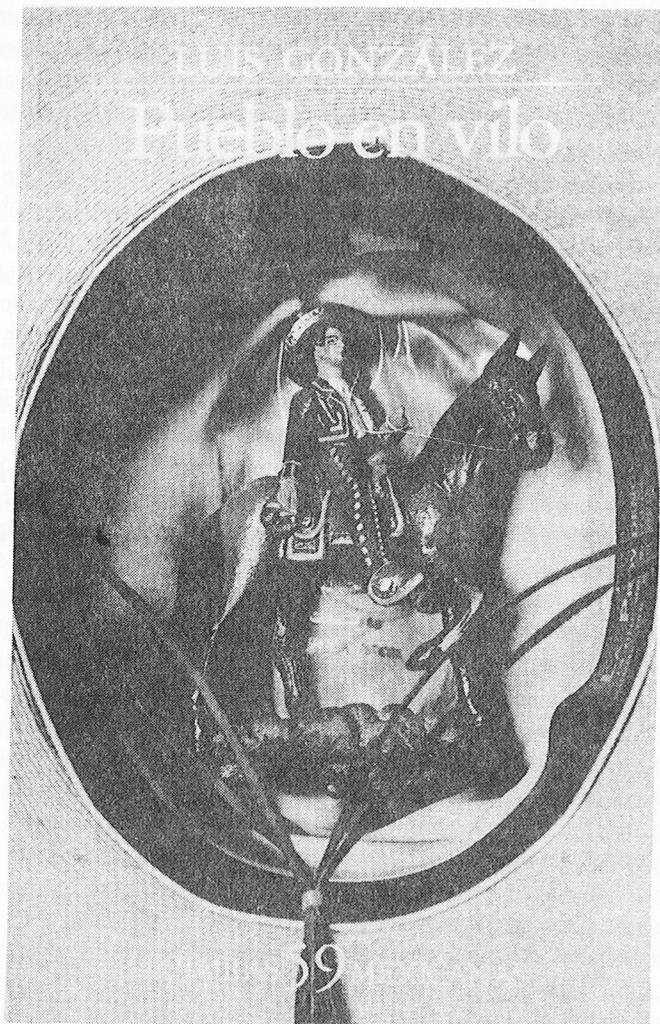
<i>Parabienes</i> .....	11
Luis González <i>Del Pueblo en Vilo a la Ciudad en Flor</i> .....	13
José Lameiras <i>La Rueda de la fortuna o Luis González, inventor y contradictor del vilo de un pueblo</i> .....	27
Hira de Gortari <i>Mis lecturas de Pueblo en vilo</i> .....	37
José María Muriá <i>Pueblo en vilo y la historia provincial</i> .....	49
Gerardo Sánchez <i>Los estudios michoacanos después de Pueblo en vilo</i> .....	57
Carlos Martínez Assad <i>La historiografía después de Pueblo en vilo</i> .....	75
Heriberto Moreno García <i>Historia oral y oralidad en Pueblo en vilo</i> .....	83
Enrique Krauze <i>La Historia como amistad</i> .....	95
Jorge F. Hernández <i>Todos en vilo</i> .....	101
Cayetano Reyes García <i>El maestro respondón</i> .....	107
Víctor A. Espinoza Valle <i>Las enseñanzas de don Luis</i> .....	111

*Pueblo en vilo, la  
fuerza de la costumbre*

Primera edición 1994

© Colegio de Jalisco  
© El Colegio de México  
© El Colegio de Michoacán  
ISBN 968-7376-06-6

Portada y diseño: Josefina González de la Vara  
Captura: Aurora del Río Macías  
Formación: Morevallado Editores  
Fotografías interiores: Antonio y Fernando Torico,  
Alberto Vázquez Cholico



En la primera serie de *Lecturas Mexicanas*

## LAS ENSEÑANZAS DE DON LUIS

Víctor Alejandro Espinoza Valle<sup>(1)</sup>

*“Hay una casta de hombres para quienes la ciudad en que viven no tiene existencia real, ni la calle donde está su casa, ni aún su casa misma. Han perdido los ojos. Se ocupan constantemente en devolver al caos todos los objetos que la energía espontánea de las retinas había logrado discernir. (...) El mundo se les disuelve en leyes generales. Son incapaces de averiguar y de retener los datos que más de cerca les incumben, si no es para hacerlos desaparecer prontamente, reintegrándolos en el cuadro del universo. Saben que hay causas, productos y seres sociales; pero nunca saben lo que sabía Mesonero Romanos: que su barbero se llama Pedro Correa y es natural de Parla, tiene veintidós años, y su padre era sacristán del pueblo. No son curiosos. Posible es que lleguen a escribir buenos libros, pero su trato personal será siempre cosa abominable”*

*Alfonso Reyes, Cartones de Madrid*

No he tenido la fortuna de asistir a sus cursos. Formalmente no pertenezco al gremio de los historiadores. En pocos eventos hemos coincidido. Sin embargo, me considero un discípulo más de don Luis González y González.

Conocí a don Luis en la ciudad de Zamora, Michoacán en el mes de octubre de 1986, en ocasión del VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales. El compromiso para mí era mayúsculo pues compartía mesa de trabajo con algunos connotados humanistas, entre los que destacaba el presidente de El Colegio de Michoacán, don Luis, y el comentarista de la sesión, Héctor Aguilar Camín. En aquel tiempo me

<sup>1</sup>.- Director del Departamento de Estudios Sociales de El Colegio de la Frontera Norte.

encontraba empeñado en recrear el pasado de mi pueblo (Tecate, B.C.), a través de las historias contadas por mi abuelo. La ponencia de don Luis titulada con tino *Suave Matria*, significó un estímulo importante para reflexionar en torno a la pertinencia de rescatar nuestras historias menudas. En enero de 1987 inicié la reconstrucción de la historia del terruño contada por el abuelo don Crispín. Con afecto incursionaba por los terrenos de la microhistoria.

En septiembre de 1988 partí rumbo a Madrid. Aparte de la misión de continuar estudios de posgrado, llevaba la firme intención de realizar la versión final de mi libro. Entre las obras indispensables -y postergadas por infinidad de razones- incluidas en el equipaje destacaba *Pueblo en vilo*. Su lectura, realizada en la movida España -postmoderna-, en el umbral de la integración europea y frente a la caída de los muros, indudablemente que no dejaba ser paradójica. Allí, se pensaba, desaparecerían las fronteras y las diferencias entre las naciones. *Pueblo en vilo* representaba volver los ojos a la patria, escudriñar en nuestras pequeñas historias para reconocer sus particularidades, nuestras señas de identidad. En esas andaba cuando el 20 de noviembre, cumpleaños de mi esposa Isabel y aniversario de la Revolución Mexicana, fuimos convocados a la celebración patria. Fue una enorme sorpresa descubrir que nuestra anfitriona era Armida González, hija de don Luis. Esa misma noche conocí a uno de los discípulos más activos de don Luis, Jorge F. Hernández, con quien me unió desde un principio "la magia de la microhistoria, el encanto de la provincia mexicana y el placer de la conversación". Fue Jorge quien me obsequió en Madrid *El oficio de historiar*, libro publicado por El COLMICH en 1988 y que proporcionaba una buena base para adentrarse por los misterios de Clío.

El interés por el rescate de la tradición oral, por la recuperación de la memoria individual y colectiva que me guiaba en la investigación sobre don Crispín, se acrecentó cuando descubrí los múltiples dones de la microhistoria. Doña Mnemósine, doña historia oral y doña microhistoria resultaron parientes cercanas.

Para las disciplinas del hombre el rescate de la memoria individual y colectiva es un ejercicio necesario. Sobre todo para la historia, de manera creciente el ejercicio memorístico se ha convertido en fuente privilegiada para la investigación. Lo que cuentan los mayores representa una fuente fundamental para descifrar los misterios de la patria. Se trata

de reconocer la inmensa fuente de sabiduría que representan las vivencias de los mayores; aquellos que tuvieron que cultivar la transmisión oral de conocimientos para preservar su identidad. De ello da cuenta, por ejemplo, Esteban Montejo, el narrador del espléndido libro de Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*: "A mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo vivido (...) Aunque estuve unos cuantos años en Ariosa, las cosas se me han olvidado un poco. Lo mejor que hay para la memoria es el tiempo. El tiempo conserva los recuerdos. Cuando uno quiere acordarse de las cosas del tiempo nuevo, no puede. Sin embargo, mientras más atrás uno mire, más claro lo ve todo".

Cuando la historia oral recupera la memoria del individuo no sólo obtiene valiosa información acerca de la vida de ese personaje, sino que realiza el importante rescate de la tradición oral pues el informante transmite su experiencia, pero sobre todo, lo que han dicho otros miembros de su comunidad.

Don Luis nos ha aclarado que al lado de la historia patriótica o monumental, la que en los libros primarios recrea héroes y batallas gloriosas que después se transforman en estatuas decorativas en la ciudad, hay otra historia: la pueblerina, la familiar, la historia patria. A ella nos acercamos con afecto y sentimiento. La microhistoria nos permite conocer a los pueblos, a los municipios; el sino vital de sus protagonistas, las *huellas digitales* comunitarias, aquéllo que las distingue de sus parientes nacionales, en una palabra, semejanzas y diferencias, manías y obsesiones.

A través de la historia patria hemos descubierto también que todos tenemos historia, que podemos reconstruir "la historia de aquellos hombres que nunca la han tenido", como los llamaran en alguna ocasión Carlo Ginzburg y Juan Pérez de la Riva. La pequeña historia es ejercicio para rescatar el alma pueblerina.

Don Luis, en su multicitada obra, *Pueblo en vilo*, logró realizar la historia universal de San José de Gracia, Michoacán y con él abrir la brecha que permite acercarnos al conocimiento de las historias menudas. La microhistoria es la reconstrucción pormenorizada de los asuntos del terruño, de la aromosa tierra. Si para la historia general el tiempo constituye la categoría central, para la microhistoria lo será el espacio. "En términos generales, el ámbito microhistórico es el terruño: lo que vemos de una sola mirada o lo que no se extiende más allá de nuestro

horizonte sensible. Es casi siempre la pequeña región nativa que nos da el ser en contraposición a la patria donadora de poder y honra. Es el terruño por el cual los hombres están dispuestos a hacer voluntariamente lo que no hacen sin compulsión por la patria: arriesgarse, sufrir y derramar sangre. Es la patria, que las más de las veces posee fronteras naturales, pero nunca deja de tener fronteras sentimentales''. (*Nueva invitación a la microhistoria*).

El refugio *natural* de la memoria es la microhistoria. Los hombres recuerdan lo vivido, que casi siempre se desarrolla en el espacio breve, el espacio de la patria, de la tierra. Podemos decir que no es posible conocer y reconstruir la pequeña historia sin la memoria individual y colectiva, sin retomar la experiencia de sus protagonistas. Pero si para la historia oral el recuerdo de lo vivido es su único insumo, para la microhistoria es una fuente más, privilegiadas si se quiere, pero que deberá ser sometida a las mismas operaciones críticas de comparación y cotejo que las fuentes documentales. Tanto el historiador oral como el microhistoriador tendrán que trabajar con disciplina, pasión y honradez. Tendrán que recurrir a informantes memoriosos y representativos de la comunidad o el tema tratado. Hoy sabemos que no puede haber microhistoria sin memoria, pero hasta hace poco tiempo Mnemósine y academia anduvieron de la greña. Hoy para fortuna de todos se han reconciliado; han reconocido sus lazos de parentesco.

Estos son sólo algunos apuntes desprendidos de mi pasión por el trabajo de recuperación de la historia menuda y de la admiración por la persistencia profesional del pionero de los estudios microhistóricos profesionales, don Luis González y González. Sólo me resta reiterar que por desgracia no he asistido a alguno de sus cursos, pero sí he tenido el privilegio de cenar en su casa de la colonia Viaducto Piedad y de compartir su mesa en San José de Gracia, su querido San Pepsburgo.